

MEMORIAS DE UN NIÑO

costumbrista, que es la que les hace siempre en provincias el erudito local o el guía del museo. Pero Zurbarán es el precursor del abstracto, y sus calidades de blanco sobre blanco y pliegue de sombra/luz las ha aprovechado recientemente Clavé con un efecto de cartonajes industriales. Del Greco nace todo el expresionismo centroeuropeo de este siglo, como de Goya nace el impresionismo francés del XIX. La lectura provinciana de la Historia y el arte no es inmanentista por culpa de la provincia, claro —¿qué es la provincia?—, sino por el feudalismo intelectual, por el enfeudamiento clasista en que vive la pequeña ciudad.

Dos, son, pues, para mí, los condicionantes del quietismo/inmanentismo de tantas provincias españolas (y francesas, por ejemplo). A saber, el sistema de castas, mucho más gravitante en un mundo pequeño y cerrado, y el peculiar perspectivismo de la provincia, que es más bien una falta de perspectiva, un tener toda la Historia encima, en piedra o tiempo, formando cuerpo con uno. Y alma.

Cuando las provincias, las regiones, las regionalidades, las nacionalidades, deciden rebelarse contra esto, como ha ocurrido ahora con la transición, no siempre lo hacen con rigor, coherencia, claridad y cadencia. El ministro Martín Villa ha distinguido no hace mucho entre autonomías «legítimas y folklóricas», o algo así. La distinción no es afortunada, pero lo cierto es que el folklore (cultural o folklórico) ayuda y estorba el llevar adelante una autonomía.

La España de las Españas es algo que la democracia y la libertad deberían dar sencillamente, como hecho consumado. Las fórmulas a tenazón, de la derecha, de la izquierda y de los propios autonómicos, son prematuras, insuficientes, confusas y frustrantes.

Pero tienen un gran valor de síntoma: la provincia, por un lado, quiere dejar de serlo, y, por otro, se afirma y reafirma como tal provincia (estilizada en «nacionalidad», incluso) ante el resto de la cartografía.

El bastardo y el hijo pródigo, ahora a nivel colectivo. El que quiere que la Historia pase por su provincia, como una carretera general, y el que, *bastardo* meliorativamente entendido, quiere que su provincia sea soluble (y resoluble) en la totalidad, más allá de las murallas medievales que se enseñan al turista. Las bodas tardías con la Historia, con la provincia, como toda boda tardía, lucen menos, pero duran más. ■ F. U.

LA REGENTA, LA DICTADORA Y LA ESFERA ESPANTOSA

JUAN CUETO

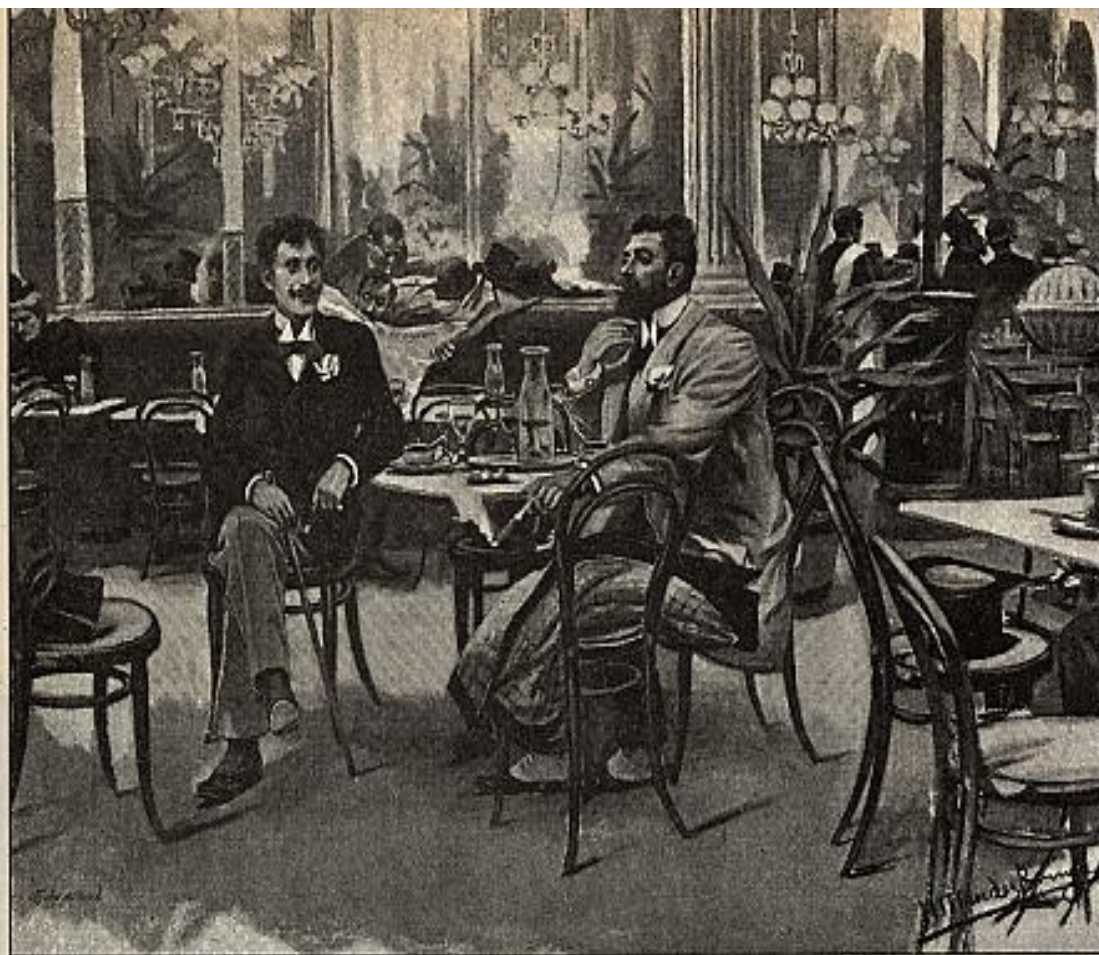
DECIA recientemente el profesor Abellán en la presentación de su libro sobre la censura literaria en la España del franquismo que *La Regenta* no había sido autorizada hasta 1964 «por el mero hecho de ser Alas republicano o sospechoso de serlo». Es probable que ese haya sido uno de los «argumentos» explícitos de aquellos torquemadas con boina, pero estoy convencido de que también hubo otros dos motivos inconfesos para perpetrar tal barbaridad cultural. Por un lado, el premeditado y alevoso asesinato «legal» del hijo de Clarín en los primeros meses del golpe de Estado del general Franco y por orden expresa de éste, acusado el que entonces era rector de la Universidad de Oviedo nada menos que de haber presidido un mitin republicano en el que intervino Dolores Ibárruri; fusilamiento, por cierto, que en la época tuvo más repercusiones internacionales que el de García Lorca, como ya conté en otro sitio, y durante bastante tiempo fue aducido por el mundo libre como prueba sangrante de la barbarie de los sediciosos del 18 de julio; en segundo lugar, el hecho incontestable de que *La Regenta* fuera la novela por antonomasia de la crítica a un cierto tipo de moral provinciana que en las primeras épocas del franquismo había sido escogida como moral dominante.

Y es que el único modelo civil —no militar— que Franco conoció y vivió y, en el que después de muchas dificultades sociales logró colarse gracias a su casamiento con la actual señora de Meirás, fue precisamente el que ridiculiza la novela. No Oviedo, sino Vetusta. Acaso la teoría sea poco ortodoxa desde la metodología propia de los numerosos francólogos o pardólogos que nos rodean y agobian con sus erudiciones parciales, pero yo me la creo a pies juntillas: el escenario para-

digmático de vida social y comunidad urbana que el dictador tenía *in mente* no era otro que el de aquella heroica ciudad que dormía la siesta de sus años de «comandantín»; mundo con pretensiones de alto copete social y resumen de los valores tradicionales de la vida provinciana. La Vetusta levítica y clerical, el paraíso de las clases media antiguas —esa gran «invención» sociológica del franquismo—, donde ejercía su implacable autoritarismo la *sociedad de familias*. Lo cual quiere decir que la ciudad de provincias que inspiró la pluma de Clarín fue la misma que inspiró la espada de Franco. Era «vetustense», ya digo, la única moralidad civil que el insaciable hombre de armas vivió y deseó con cierta intensidad; y «vetustenses», por encima de todo, eran los valores socia-

Leopoldo Alas, Clarín, criticaba en su novela La Regenta un tipo de moral provinciana que en las primeras épocas del franquismo fue escogida como moral dominante.





Hay dos grandes momentos del provincianismo en la historia reciente de España: el que se provoca en 1874 con la Restauración borbónica y el que se instaura a sablazos en 1936. En el dibujo, un café decimonónico visto por Méndez Bringas.

les, religiosos, económicos, simbólicos y estéticos -kitsch, por más señas- de la también muy influyente señora de El Pardo, hasta el caso de que la dictadora parecía un enojado personaje de *La Regenta* sacada de uno de esos capítulos en los que se describe sin muchas contemplaciones el costumbrismo de la alta burguesía provinciana, especialmente la sociedad de las fortunas de rango indiano con absurdas pretensiones aristocratizantes.

La edad de oro del provincianismo

Resumen de lo publicado. Hubo en la historia reciente de España dos grandes momentos del provincianismo: el que se provoca en 1874 con la Restauración borbónica y que se instaura a sablazos por el franquismo. Nada más «lógico», por tanto, que la novela que no deja títere provinciano con cabeza tuviera serios problemas con los títeres que intentaban meterlos en la cabeza ideologías y culturas directamente derivadas de las pautas de comportamiento provinciano. No sostengo, librenme los clarinianos, que Franco haya plagiado *La Regenta*, entre otras razones porque su célebre afición por las marinas -y por «Marina»- le impedía practicar al hombre cualquier otro tipo de ocio, especialmente el poco rentable de la lectura; sólo digo que la ficción de Clarín expresaba algo más que un peculiar modo de vida ovetense: era el com-

pleto inventario del universo provinciano «a la española» -como *Madame Bovary* lo fue «a la francesa»- y que el proyecto de sociedad y de vida cotidiana que anidaba en el retorcido subconsciente del dictador tenía la forma inequívoca del costumbrismo provinciano de la época de la Restauración, aunque corregido y aumentado hasta delirantes extremos, quizá más propio para un sainete de Ri-

La influyente señora de El Pardo: un enojado personaje que parece sacado de La Regenta.



cardo de la Vega que para una novela de Alas, Galdós, Miró o Baroja. Desde esta perspectiva, si fue «novelero» el franquismo, adscribiéndose a un género literario que florece en el mundo entero la segunda mitad del siglo XIX, aunque esta vez «narrado» sin intenciones críticas. O sea, concebida desde El Pardo la realidad del país como aquellos escritores del género «novela provinciana» concebían sus escenarios: ciudades -dice el profesor García Domínguez- en donde no existe «cuestión social» porque únicamente tienen cabida los conflictos internos de una sola clase, la pequeña burguesía; siempre iguales a sí mismas, detenidas en el tiempo de las rígidas morales, apiñadas en torno a las sombras de catedrales que hace siglos dejaron de ser blancas; ciudades rutinarias, fanáticas, recoletas, encerradas y enterradas por sus propios muros, en donde nunca pasa nada, ni para bien ni para mal y «la lluvia se convierte en una distracción», que dijeron los hermanos Goncourt. La gran diferencia es que los escritores del género -Clarín y Galdós, pero también Flaubert, Gogol, Balzac, Proust, Tolstói o Zola- levantaron esos planos sociales con tinta artística y desde inequívocas perspectivas liberales, mientras que la letra del «comandantín» carecía de ortografía histórica y chorreaba sangre. No contento con casarse con una de las más características familias vetustenses, el tipo intentó convertir a España en una Vetusta preclariniana, conservadora, familiar, clerical, balmesiana. Y también lo consiguió.

La edad de oro del provincianismo español fue sin duda la del franquismo. Incluso digo más: la gran ideología de la cuarentena, sobre todo

LA REGENTA

en los primeros lustros siniestros estaba asentada sin ambigüedades en un concreto sistema de valores y comportamientos sociales típicamente provincianos. Porque lo que en definitiva implicó la dictadura fueron las rupturas violentas con el cosmopolitismo de los repúblicos ilustrados, con el internacionalismo de las clases trabajadoras, con los plurales modelos civiles de convivencia, con los primeros intentos de insertar el mercado español en espacios económicos más amplios que el nacional, con el naciente espíritu europeo que por ejemplo intentaba la Institución Libre de Enseñanza y con la lógica sin fronteras de la dinámica industrializadora. O lo que es lo mismo: implicó el franquismo la vuelta a la cultura castiza, la implantación de los ideales autárquicos, el delirio de la moral chauvinista, el colmo del sistema caciquil, el auge de la sociedad familiar, el surgir de las clases medias antiguas y la apoteosis del clericalismo. Una idea de nación tramada a escala y semejanza de aquellas ciudades literarias de la vida provinciana, que, como se sabe, además de excelentes pretextos narrativos, constituían los espacios ideales para el desarrollo de los férreos modelos de control social, político, sexual, económico o cultural. Insisto: Vetusta como plano literario del franquismo. Pero una Vetusta de domingo y sin la posibilidad física de la presencia de los clarines.

La restauración de la Restauración

Ahora que tanto y tan mal se habla del centralismo como causante directo del actual galimatías autonómico no conviene olvidar ni por un instante que la más eficaz censura franquista contra los regionalismos o nacionalismos fue el provincianismo. La provincia como escenario «natural», del centralismo. Pero, sobre todo, el fomento de lo provinciano como bunker inexpugnable contra las razonables veleidades regionalistas o las peligrosas actitudes independentistas. Dicho de forma más grosera, ya que de groserías hablamos: la restauración de las maneras y pautas provincianas procedentes de la Restauración para garantizar la hegemonía del modelo centralista.

No se trataba tanto de concentrar egoístamente en Madrid los privilegios de la «modernidad» —grandes espectáculos, medios de comunicación de masas, industria cultural, ocio— como de mantener alejadas y aisladas a las provincias del consumo de los

posibles productos cosmopolitas, cuyos primeros efectos, como sabe cualquier primerizo en eso de Ciencias de la Información, son, entre otros, la liquidación de la moral de campanario, la disolución química de las viejas estructuras de control social, el fin de la autarquía cultural y económica y la planetarización irremediable de las costumbres urbanas.

La perversidad de aquel centralismo madrileño era de matiz más profundo de lo que sospechábamos los sulfurados provincianos de la época, cuando las películas nos llegaban con meses o años de retraso sobre

mopolitanos procedentes de la gran ciudad, fomentar la ilusión de los diferencialismos locales para desviar la atención de otro tipo de graves diferencias, retrasar, en fin, los uniformadores efectos ligeros que inevitablemente producía aquella industrialización pesada que les llovió del cielo capitalista como por acaso.

En tiempos de la Restauración propiamente dicha, y a pesar de las arcaicas o inexistentes comunicaciones, era posible vivir en provincias con un cierto nivel informativo acerca de lo que en el mundo ocurría; incluso no resultaba imposible hacerse



RAMÓN RODRÍGUEZ

el horario previsto, las compañías teatrales no salían ni en verano del circuito cerrado de la Gran Vía, los periódicos y las revistas surgían en los quioscos con las fechas debidamente periclitadas para evitar el riesgo de cualquier actualidad, en las librerías aparecían hasta mucho después aquellas ediciones prometidas o las modas callejeras y audiovisuales necesitaban por lo menos el paso de un curso para que no causaran escándalo. Aquel retraso secular —incluso saeculorum— no solamente era un problema de la Renfe, de la poca pericia comercial de los distribuidores, de la mala fe de los intermediarios centralistas vendidos al oro de Madrid o de la ojeriza que nos tenían a los periféricos; había en aquel continuo estado de sitio cultural e informativo a las provincias un muy importante grado de *intencionalidad ecológica*: les era vital mantener intacta la reserva espiritual de lo provinciano, preservar la pureza cristalina de las fuentes decimonónicas, evitar la degradación del medio ambiente «literario» que tan excelentemente garantizaba el control *sociolinguístico*, eliminar con firmeza la presencia de los molestos humos cos-

un nombre literario o periodístico al margen de la villa y corte, como lo probó el propio Clarín. Durante el franquismo, sin embargo, no quedaban más bemoles que irse a Madrid en un vagón de tercera con los trastos de medrar; no solamente, ya digo, porque hubo un tiempo en el que allí se cocía todo, en especial las famas a la manchega, sino por el exquisito celo que ponían en la tarea patriótica de proteger la vida provinciana de la nefasta contaminación informativa. Hecho éste último, por cierto, que introduce un nuevo personaje en la antropología del género novelístico: el tipo que estaba puntualmente informado de lo último que ocurría en los madriles de la segunda Restauración y lo rumoreaba por las tertulias con gesto de suficiencia cultural.

El viento electrónico de Macondo

Imprimía carácter vivir en provincias vaya si lo imprimía. De entonces viene el infamante sentido peyorativo que todavía posee el vocablo y todo el mundo se quiere sacudir de encima,



COVER

Ni el asfalto masificador ni la soledad de la cañada: las ciudades tipo Santander, San Sebastián o Salamanca, son hoy, según revelan las encuestas, los polos de atracción de una progresía harta de los problemas que se derivan de las grandes aglomeraciones y escaldada de los placeres de la aldea perdida. En las fotos: arriba, Santander; a la izquierda, Las Palmas.

como si fuera cosa del «otro». Dicen algunos —los antiguos, según Corominas— que la palabra «provincia», de origen latino, quiere significar «lugar de vencidos». Parece ser que etimológicamente no es del todo cierta esta acepción, aunque sea exacta desde la perspectiva de la historiografía reciente. No procede esta voz denigrante del Imperio Romano, sino del Imperio hacia Dios. Fue el franquismo, con su política de *vetustización de las masas*, el que hizo sinónima tal palabra con una actitud social y culturalmente vergonzante. Pero franquistas son también esas opiniones que siguen empeñadas, a estas alturas del siglo —no digo de la democracia—, en estimar que todavía hoy las diferencias entre la vida provinciana y la de las grandes ciudades como Madrid y Barcelona imprimen carácter, y carácter no precisamente favorecedor para con los habitantes de las densidades inferiores a las millonarias. Hace tiempo que el mito de lo provinciano saltó por los aires por causa de complejos hechos de civilización que ni la dictadura pudo impedir en sus postimerías ni la transición puede capitalizar. Para seguir con la argumentación: uno de los factores decisivos en la liquidación por derribo de la ideología del 18 de julio fue precisamente la disolución de la dicotomía Madrid/provincias en virtud de la avasalladora irrupción de la moral de los *mass media* en todos los espacios de lo cotidiano, de lo social en definitiva. Además de ese etcétera de causas uniformantes que da pereza mortal volver a repetir aquí.

La revolución de las provincias no le debe nada a la política o a los políticos. El fin de las diferencias

urbanas y, por consiguiente, la disolución de los sistemas de control y conocimiento provincianos, llegó a las calles mayores por medio de las ondas hertzianas, en primer lugar. La ciudad que la gran literatura decimonónica escogió como modelo gracias a su espléndido *diferencialismo* estético, moral, psicológico y social, quedó arrasada por un viento electrónico de la misma envergadura ciclónica que el que arrasó Macondo. Ahora mismo ya no hay manera de utilizar el estilo indirecto libre, ni siquiera las técnicas más aburridas del conductismo behaviorista, para distinguir de un plumazo a un peatón megapolitano de un paseante provinciano, una discoteca centralista de una discoteca periférica, una efecne local de una cadena radiofónica de carácter interautonómico, una muchedumbre solitaria sin graves problemas de identidad de una manifestación airada en pos de las señas de identidad.

Ni asfalto ni lechugas

Incluso existen indicios para sospechar que la mitología empieza a ser precisamente al revés. Por ciertos barrios de las grades ciudades mastodónticas cunde como una mancha de aceite de colza la nostalgia por lo provinciano en vista de que las experiencias con las lechugas y la avicultura intensiva de la moda anterior (la del *regreso a lo rural*) dieron tan catastróficos resultados económicos. Según leíamos recientemente en una revista española, las ciudades tipo Santander, San Sebastián, Alicante, Salamanca, Oviedo o La Coruña constituyen los

polos de atracción de una progresía harta, por un lado, de los problemas que se derivan de las grandes aglomeraciones y, por el otro, escaldada de los placeres de la aldea perdida. La provincia como resultado del nuevo ejercicio *nimista*: ni el asfalto masificador ni la soledad de la cañada. Aunque mucho me temo que una vez olvidadas las miserias provincianas de la era franquista, lo que predomine sea solamente una nueva idea literaria: la provincia como espectáculo novelero, la Historia antigua como olor, la burguesía como discurso, que diría Barthes de su Bayona. Lo cierto es que de aquellos diferencialismos que ahora sugestionan a los que primero quedaron fascinados por los neones y luego por los candiles ya no queda ni el recuerdo a poco que se transiten las antiguas Vetustas, Orbajosas, Rouens, Yeclas o Castro Duros con suelas sintéticas. Mejor dicho, queda el recuerdo de la infancia, que la mayor parte de estos hastiados urbanícolas y desengañados agrícolas no son otra cosa que antiguos *tránsfugas* provincianos.

El sonido que llega de los entresuelos provincianos ya no es el de sonatas de Chopin dulcemente asesinadas por señoritas melancólicas, sino las sintonías de los programas de Luis del Olmo o José María García; los olores que emiten los viejos rincones recoletos son los de la internacional de la hamburguesa, el *cat-shup* y el porro de tres al cuarto; los arquetipos que uno se cruza en el vestíbulo del casino no proceden de la novelaría naturalista o behaviorista, sino de los spots de RTVE; y el único costumbrismo que se puede vivir es el de los cuarenta principales porque a las nueve de la mañana «El País» está en los quioscos, los exhibidores astutos descubrieron que antes de llegar al estreno cinematográfico en Madrid es más útil un tanteo por la periferia, los editores han comprobado en sus calculadoras la potencialidad de los mercados extramadrileños, el rock duro suena con similar estridencia insoponible en todos los disco-bar del planeta y la calle de la moda de Galerías Preciados alcanza en estos momentos dimensiones francamente postindustriales.

Aquel discurso de la burguesía

No hay lugar para el mito de las dulces provincias en la era agría de la información. Al menos han dejado de tener sentido aquellas distinciones memorables que hicieron de la ciudad

LA REGENTA

provinciana el espacio predilecto de los literatos decimonónicos y después sirvió de caldo de cultivo de la «ficción» histórica del franquismo. El demográfico ya no es el sector determinante. De la misma manera que tener menos tráfico, oficinas, políticos, cafeterías, funcionarios, cines, lugares de diversión o restaurantes de cuatro tenedores, no puede entenderse ya como hecho diferencial digno de tal nombre. El problema es que esos tráfico, oficinas, políticos, cafeterías... son los mismos en todas las ciudades del mundo. El que a unos les fascine más que a otros las grandes aglomeraciones urbanas es mera cuestión de estética personal, pero no de filosofía trascendental, como algunos todavía pretenden. Aquella idea vejatoria de lo provinciano estaba justamente fundada en la pertinaz ausencia de información que sufrían las pequeñas ciudades, y las diferencias que ahora mismo pueden establecerse entre la vida cotidiana en provincias o en Madrid ni siquiera dan para un par de folios con destino a la hucha de plata. El interés de estas distinciones es en la actualidad prosaicamente sociológico después de haber sido espléndidamente novelístico. Ahora, como mucho, se trata de saber si en provincias estamos ante una situación en la que predomina lo administrativo, lo fabril, lo agrario, la emigración, el paro o las dietas ricas en calorías. Sin tampoco negar que todavía pueda haber por ahí ciertos diferencialismos de corte decimonónico que se conservan como oro en paño, aunque mucho me temo que eso forme parte del marketing publicitario para atraer el turismo literario, o se trate, sencillamente, de un bien representado simulacro para maquillar la insostenible e inevitable repetición.

Pretender como a veces oigo, que la vida en provincias sigue siendo más rígida que la de las grandes aglomeraciones, con un control social agobiante, es ahora mismo un tópico de la misma calaña que el de sostener la suavidad de la existencia provinciana, con relaciones interpersonales más intensas y auténticas, y un mayor patrimonio de tiempo libre. La provincia ha dejado de ser el discurso de la burguesía y, en consecuencia la condición provinciana hace tiempo que no está relacionada con el *ius solis*, sino con el tipo de informaciones que seleccionamos y enviamos al cerebro. La información, como la esfera espantosa de Pascal, es hoy un monstruo ubicuo que tiene un centro que está en todas partes y su circunferencia en ninguna. ■ J. C.

EL PARAISO ES NUESTRA INFANCIA

MANUEL VICENT

A partir de cierta edad el paraíso es la propia infancia, un espacio rural o provinciano, que los cuarentones llevan en un entresijo del cogote. El paraíso es un conjunto de lejanos sabores, colores, sonidos, paisajes y caricias, o sea, los cinco sentidos corporales estilizados por una memoria anfibia, las natillas de la abuela, el membrillo del armario ropero, el grito de la gaviota o aquella musiquilla del fox-trot, la alberca de agua verde con libélulas y campanillas moradas, los juegos eróticos en las noches de verano saltando la raya de la luna.

Esta intimidad la llevaba cada cuarentón en su cogote, pero hacia mitad de los años 60 con este material comenzó a montarse una industria de las nostalgias que iba de la silla de enea al cántaro tosco, del Rascayú a los ejercicios espirituales con un ramito de albahaca en el misal. Fue una reacción estética contra la producción masiva de cacharros de plástico, el diseño en serie, las promociones agresivas de los grandes almacenes, el bombardeo televisivo, la uniformidad de gustos bajo el aplastamiento consumista.

En medio de aquella euforia cuando la felicidad, al parecer, consistía en vivir sentado en la corona de la Cibeles con cuatro tarjetas de crédito en la cartera y cien letras de cambio aceptadas llegando por el aire, de pronto por los corrillos culturales de Madrid se extendió la excitante noticia de que cierto intelectual había comprado una casa de pueblo, con corral de gallinas incluido, y la había reformado a su gusto de manera que donde antes estaba el pollino ahora había un sagrario adquirido a un anticuario de Arévalo para guardar el whisky y había aprovechado el pesebre como estantería donde

relampagueaba la Estética de Lukacs, y cosas así. No era eso lo peor. La provocación de los nuevos estetas alcanzó el escándalo cuando se tomaron el asunto como un caso sociológico y comenzaron a realizar cada fin de semana el número de la pana que consistía en vestirse de paleta con boina y cachaba y echarse fuera de la capital a descubrir iglesias románicas, puentes de la teja, ruinas de acueducto y puentes visigodos. Ningún novelista, pintor o cineasta de la nueva situación dejaba de presumir de que en un puertecito de mar tenía un viejo pescador que le preparaba los anzuelos o de que había descubierto a un cabrero filósofo en una quebrada inaccesible.

En los apartamentos del progresismo comenzó a entrar la loza a inicios de los 60 y enseguida vino la furia para recuperar mecedoras antiguas, palanganceros, cantareros, almireces, planchas de carbón, fuelles de chimenea, cazuelas de cobre, estribos medievales. Eso sucedía en los círculos intelectuales de Madrid y Barcelona donde los nuevos estetas cada domingo hacían una descubierta hacia el pan con tomate o el cordero asado, hacia todo lo que no se había movido desde los tiempos de Wifredo el Velloso.

Durante esa década en los pueblos se generó el movimiento contrario. Lo he visto con mis ojos en la propia tierra de Valencia. En el fervor consumista del 60 lo primero que desapareció de los campos de Valencia fueron las jacas, los carros de labranza, los rocines, los mulos, los pollinos, cualquier tiro de sangre, además de las gallinas, los patos y los conejos. Visto y no visto no quedó ni uno. A veces me he preguntado a dónde habrá ido a parar aquella caballería rusticana, con sus arreos, carretas, tartanas y sus correspondientes veterinarios que eran herreros. Yo he conocido todavía en los pueblos de Valencia con su profundidad económica la relación erótica del labrador y su caballo,